

Rojo

Desireé Martín

Rojo



Desireé Martín

Capítulo 1

Rojo

El sonido del juego de té al golpear contra el suelo casi parece la campana que avisa del final de un combate de boxeo. Uno de los participantes ha sido derrotado pero el otro no parece tener intenciones de detenerse, la rabia es demasiado fuerte para ser consciente de que ya se ha terminado.

Me quedo quieta mientras observo cómo la taza para de rodar sobre si misma y todo queda finalente en silencio. Un suspiro lento brota de lo más profundo de mi pecho, siento que con él dejo salir todo el miedo, la preocupación y la constante sensación de inseguridad. Cierro los ojos y me tomo unos instantes más para disfrutar de aquella calma.

Cuando vuelvo a despegar los párpados sonrío, volviendo a mirar aquel juego de té. Los había usado infinidad de veces. Podría decirse que habían sido testigos silenciosos de cada momento pasado en aquel comedor, en mi cocina o en su salón. Y siempre que lo veía evocaban el recuerdo de mi boda. Había sido un día feliz, me sentía esperanzada por el futuro y la idea de abrir tantos regalos me emocionaba como si volviera a ser una niña pequeña el día de navidad. El juego de té había sido un regalo de mi cuñada. Ella me había abrazado y besado, deseado el mejor de los futuros. Durante un tiempo me convencí de que había sido un gran día.

Tomo de encima de la mesa los zapatos de tacón rojos que, en un ataque de rebeldía, había decidido ponerme esa tarde. Los deslizo casi con devoción en mis pies y logro sentime como Dorothei. Me resulta divertido pensar en que en el suelo yacen mis tres golpecitos de tacón, los que me llevarán de vuelta a casa. Al ponerme en pie me siento más alta y firme. La inseguridad me ataca despiadada durante unos segundos, pero eso no me detiene. Tras enfrentarla, como la guerrera que he decidido ser, comienzo a alejarme.

Mis pasos resuenan como si fueran las manijas de un reloj, sin fuerza primero, acelerándose poco a poco hasta alcanzar el ritmo perfecto. El ritmo que les corresponde.

Recorro la casa que con tanto esfuerzo he decorado y mantenido en perfectas condiciones, era necesario, pues un hogar desatendido da muy mala imagen. Me detengo frente al mueble del recibidor y saco del bolsillo de mi vestido un labial que deslizo de forma suave por mis labios. Ahora hacen juego con mis zapatos. Ahora mi boca también puede liberarme y llevarme lejos. Dejo el objeto sobre la mesita y me limpio las lágrimas que nunca consentí en derramar, dedicándome a mi misma una expresión

orgullosa y decidida. Soy hermosa, siempre lo he sido. Me lo repito varias veces antes de volver a moverme.

La puerta de casa nunca se había sentido tan ligera. En realidad, las últimas veces me había parecido que pesaban más que el mundo entero. Un mundo que, bien pensado, se había vuelto muy pequeño. Tal vez por eso ahora entiendo que no pesa tanto como había creído todo ese tiempo. Como me había hecho creer.

Cuando se cierra tras de mí saco el teléfono móvil que tomé de su bolsillo. Nunca se molestaba en cuidarse de que no viera la contraseña, a fin de cuentas, ¿qué iba a hacer yo? Pulso los números y el icono que comienza la llamada.

Mientras espero respuesta empiezo mi descenso por las escaleras. Allí mis tacones hacen eco y me envuelven. Con cada paso estoy más lejos de Oz, de sus monstruos y su mago.

Al fin responden. La operadora, con voz monótona y seguramente aburrida, me pregunta cuál es mi emergencia. Abro la puerta que da a la calle y siento el aire fresco de la noche golpearme en la cara, pero no lo hace con la violencia a la que estoy acostumbrada. En realidad se siente casi como una caricia que me envuelve y me da la bienvenida. Aprieto y despego mis labios rojos, dejando escapar un pequeño sonido de plop. Lo repito tres veces, como una pequeña broma privada.

Sonrío.

—He matado a mi marido.